

Contemporánea

Aldous Huxley (1894-1963), novelista, ensayista, crítico y poeta inglés, nieto de Thomas y hermano de Julian. Nació en Godalming, Surrey, y estudió en las universidades de Eton y Oxford. Trabajó en varios periódicos y publicó cuatro libros de poesía antes de la aparición de su primera novela, *Los escándalos de Crome* (1921). Las novelas *Heno antiguo* (1923) y *Contrapunto* (1928), que ilustran el clima nihilista de la década de 1920, y *Un mundo feliz* (1932), una visión deshumanizada y utópica del futuro, le hicieron famoso. Durante gran parte de esta época vivió en Italia y Francia. En 1937 emigró a Estados Unidos. Entre sus más de 45 libros destacan los de ensayo, *Un Pilatos burlón* (1926), *Mañana y mañana y mañana* (1956), *Nueva visita a un mundo feliz* (1958) y *Literatura y ciencia* (1963). Otras novelas son *Ciego en Gaza* (1936), *Viejo muere el cisne* (1939), *Mono y esencia* (1948) y *La isla* (1962). Huxley también escribió crítica científica, filosófica y social, con obras importantes como *El arte de ver* (1932), *La filosofía perenne* (1946) y *Los demonios de Loudon* (1952). Se interesó mucho por el misticismo y la parapsicología. *Las puertas de la percepción* (1954) y su continuación, *Cielo e infierno* (1956), tratan de sus experiencias con drogas alucinógenas.

Aldous Huxley

Un mundo feliz

Traducción de
Ramón Hernández

DEBOLSILLO

Título original: *Brave New World*

Quinta edición con esta portada: julio, 2009

© 1969, Random House Mondadori, S. A.

© de la traducción: Ramón Hernández

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-9759-425-7

Depósito legal: B. 32445- 2009

Fotocomposición: Comptex & Ass., S. L.

Impreso en Liberdúplex, S. L.U.

Sant Llorenç d'Hortons (Barcelona)

P 8 9 4 2 5 A

Les utopies apparaissent comme bien plus réalisables qu'on le croyait autrefois. Et nous nous trouvons actuellement devant une question bien autrement angoissante: Comment éviter leur réalisation définitive...? Les utopies sont réalisables. La vie marche vers les utopies. Et peut-être un siècle nouveau commence-t-il, un siècle où les intellectuels et la classe cultivée reveront aux moyens d'éviter les utopies et de retourner à une société non utopique, moins «parfaite» et plus libre.

NICOLAS BERDIAEFF

I

Un edificio gris, achaparrado, de sólo treinta y cuatro plantas. Sobre la entrada principal se lee: «Centro de Incubación y Condicionamiento de la Central de Londres», y, en un escudo, la divisa del Estado Mundial: «Comunidad, Identidad, Estabilidad.»

La enorme sala de la planta baja se hallaba orientada hacia el norte. Fría a pesar del verano que reinaba en el exterior y del calor tropical de la sala, una luz cruda y pálida brillaba a través de las ventanas buscando ávidamente alguna figura yacente amortajada, alguna pálida forma de académica carne de gallina, sin encontrar más que el cristal, el níquel y la brillante porcelana de un laboratorio. La invernada respondía a la invernada. Las batas de los trabajadores eran blancas, y éstos llevaban las manos embutidas en guantes de goma de un color pálido, como de cadáver. La luz era helada, muerta, fantasmal. Sólo de los amarillos tambores de los microscopios, lograba arrancar cierta calidad de vida, deslizándose a lo largo de los tubos y formando una dilatada procesión de trazos luminosos que seguían la larga perspectiva de las mesas de trabajo.

—Y ésta —dijo el director, abriendo la puerta— es la Sala de Fecundación.

Inclinados sobre sus instrumentos, trescientos fecundadores se hallaban entregados a su trabajo, cuando el director de incubación y condicionamiento entró en la sala, sumidos en un absoluto silencio, sólo interrumpido por el distraído canturreo o silbar solitario de quien se halla concentrado y abstraído en su labor. Un grupo de estudiantes recién ingresados, muy jóvenes, rubicundos e imberbes, seguía con excitación, casi abyectamente, al director, pisándole los talones. Cada uno llevaba un bloc de notas, donde garrapateaban desesperadamente cada vez que el hombre decía algo. Directamente de labios de la ciencia personificada. Era un raro privilegio. El DIC de la central de Londres tenía siempre un gran interés en acompañar personalmente a los nuevos alumnos a visitar los diversos departamentos.

—Sólo para darles una idea general —les explicaba.

Porque, desde luego, algún especie de idea general debían tener si habían de llevar a cabo su tarea inteligentemente; pero no demasiado grande si habían de ser buenos y felices miembros de la sociedad, a ser posible. Porque los detalles, como todos sabemos, conducen a la virtud y la felicidad, en tanto que las generalidades son intelectualmente males necesarios. No son los filósofos sino los que se dedican a la marquetaría y los coleccionistas de sellos los que constituyen la columna vertebral de la sociedad.

—Mañana —añadió, sonriéndoles con campechanía un tanto amenazadora— empezarán ustedes a trabajar en serio. Y entonces no tendrán tiempo para generalidades. Mientras tanto...

Mientras tanto, era un privilegio. Directamente de los labios de la ciencia personificada al bloc de notas. Los muchachos garrapateaban como verdaderos locos.

Alto y más bien delgado, muy erguido, el director paseó por la sala. Tenía el mentón largo y saliente, y unos dientes grandes, apenas cubiertos por unos labios gruesos. ¿Viejo? ¿Joven? ¿Treinta? ¿Cincuenta? ¿Cincuenta y cinco? Hubiese sido difícil decirlo. En todo caso la cues-

ción no llegaba siquiera a plantearse; en aquel año de estabilidad, el 632 después de Ford, a nadie se le hubiese ocurrido preguntarlo.

—Empezaré por el principio —dijo el director.

Y los más celosos estudiantes anotaron la intención del director en sus blocs de notas: «Empieza por el principio.»

—Esto —siguió el director, con un movimiento de la mano— son las incubadoras. —Y abriendo una puerta aislante les enseñó hileras y más hileras de tubos de ensayo numerados—. La provisión semanal de óvulos —explicó—. Conservados a la temperatura de la sangre; en tanto que los gametos masculinos —y al decir esto abrió otra puerta— deben ser conservados a treinta y cinco grados de temperatura en lugar de a treinta y siete. La temperatura de la sangre esterilizada.

Los moruecos envueltos en termógeno no engendran corderillos.

Sin dejar de apoyarse en las incubadoras, el director ofreció a los nuevos alumnos, mientras los lápices se deslizaban atropelladamente por las páginas, una breve descripción del moderno proceso de fecundación. Primero habló de sus prolegómenos quirúrgicos, «la operación voluntariamente sufrida para el bien de la sociedad, aparte el hecho de que entraña una prima equivalente al salario de seis meses». Prosiguió con unos datos sobre la técnica de conservación de los ovarios extirpados; pasó a hacer algunas consideraciones sobre la temperatura, salinidad y viscosidad óptimas; prendidos y maduros. Después, acompañando a sus alumnos a las mesas de trabajo, les enseñó cómo se retiraba aquel «licor» de los tubos de ensayo; cómo se vertía, gota a gota, sobre placas de microscopio especialmente caldeadas; cómo los óvulos que contenía eran inspeccionados en busca de posibles anomalías, contados y trasladados a un recipiente poroso; cómo (y para ello los llevó al lugar donde se realizaba la operación) este recipiente era sumergido en un líquido caliente que contenía espermatozoides en libertad, a una

concentración mínima de cien mil por centímetro cúbico, según hizo constar con insistencia; y cómo, al cabo de diez minutos, el recipiente era extraído del líquido y su contenido volvía a ser examinado; cómo, si algunos de los óvulos seguían sin fertilizar, era sumergido de nuevo y, en caso necesario, una tercera vez; cómo los óvulos fecundados volvían a las incubadoras, donde los Alfas y los Betas permanecían hasta que eran definitivamente embotellados, en tanto que los Gammas, Deltas y Epsilones eran retirados al cabo de sólo treinta y seis horas, para ser sometidos al método de Bokanovsky.

—El método de Bokanovsky —repitió el director.

Y los estudiantes subrayaron estas palabras.

Un óvulo, un embrión, un adulto: la normalidad. Pero un óvulo bokanovskificado prolifera, se subdivide. De ocho a noventa y seis brotes, y cada brote llegará a formar un embrión perfectamente constituido, y cada embrión se convertirá en un adulto normal. Una producción de noventa y seis seres humanos donde antes sólo se conseguía uno. Progreso.

—En esencia —concluyó el DIC—, la bokanovskificación consiste en una serie de detenciones en el desarrollo. Controlamos el crecimiento normal, y paradójicamente, el óvulo reacciona dando brotes.

«Reacciona dando brotes.» Los lápices corrían.

El director señaló a un lado. En una ancha cinta que se movía con gran lentitud, un portatubos enteramente cargado se introducía en una vasta caja de metal, de cuyo extremo surgía otro portatubos igualmente repleto. El mecanismo producía un débil zumbido. El director explicó que los tubos de ensayo tardaban ocho minutos en atravesar aquella cámara metálica. Ocho minutos de rayos X era el período máximo que los óvulos podían soportar. Unos pocos morían; los menos aptos de los restantes se dividían en dos, después eran llevados a las incubadoras, donde los nuevos brotes empezaban a desarrollarse; luego, al cabo de dos días, se les sometía a un proceso de congelación y se detenía su crecimiento. Dos,

cuatro, ocho, los brotes, a su vez, daban nuevos brotes; después se les administraba una dosis casi letal de alcohol; como consecuencia de ello, volvían a subdividirse —brotes de brotes de brotes— y después se les dejaba desarrollar libremente, puesto que una nueva detención en su crecimiento solía resultar fatal. Pero, a aquellas alturas, el óvulo original se había convertido en un número de embriones que oscilaba entre ocho y noventa y seis, un prodigioso adelanto, hay que reconocerlo, con respecto a la naturaleza. Mellizos idénticos, pero no en ridículas parejas, o de tres en tres, como en los viejos tiempos vivíparos cuando un óvulo se escindía de vez en cuando, accidentalmente; mellizos por docenas, por veintenas a un mismo tiempo.

—Veintenas —repitió el director; y abrió los brazos como si estuviera repartiendo generosas dádivas—. Veintenas.

Uno de los estudiantes fue lo bastante estúpido para preguntar en qué consistía la ventaja.

—¡Pero, hijo mío! —exclamó el director, volviéndose bruscamente hacia él—. ¿De veras no lo comprende? ¿No puede *comprenderlo*? —Levantó una mano con expresión solemne—. El método Bokanovsky es uno de los mayores instrumentos de la estabilidad social.

«Uno de los mayores instrumentos de la estabilidad social.»

Hombres y mujeres estandarizados, en grupos uniformes. Todo el personal de una fábrica podía ser el producto de un solo óvulo bokanovskificado.

—¡Noventa y seis mellizos trabajando en noventa y seis máquinas idénticas! —La voz del director casi temblaba de entusiasmo—. Sabemos muy bien a dónde vamos. Por primera vez en la historia. —Y continuó citando la divisa planetaria—: «Comunidad, Identidad, Estabilidad.» —Grandes palabras—. Si pudiéramos bokanovskificar indefinidamente, el problema estaría resuelto.

Resuelto por Gammas en serie, Deltas invariables, Epsilones uniformes. Millones de mellizos idénticos. El

principio de la producción en masa aplicado, por fin, a la biología.

—Pero por desgracia —añadió el director— *no podemos* bokanovskificar indefinidamente.

Al parecer, noventa y seis era el límite, y setenta y dos un buen promedio. Lo más que se podía conseguir era manufacturar tantos grupos de mellizos idénticos como fuese posible a partir del mismo ovario y con gametos del mismo macho. Y aun esto era difícil.

—Porque, por vías naturales, se necesitan treinta años para que doscientos óvulos alcancen la madurez. Pero nuestra labor consiste en estabilizar la población en este momento, aquí y ahora. ¿De qué nos serviría producir mellizos con cuentagotas a lo largo de un cuarto de siglo?

Evidentemente de nada. Pero la técnica de Podsnap había avanzado mucho en el proceso de la maduración. Ahora se conseguía como mínimo la producción de ciento cincuenta óvulos maduros en dos años. Fecundación y bokanovskificación —es decir, multiplicación por setenta y dos— aseguraban una producción media de casi once mil hermanos y hermanas en ciento cincuenta grupos de mellizos idénticos; y todo ello en el plazo de dos años.

—Y, en casos excepcionales, podemos lograr que un solo ovario produzca más de quince mil individuos adultos.

Se volvió hacia un joven rubio y coloradote que en aquel momento pasaba por allá, y lo llamó:

—Mr. Foster. ¿Puede decirnos cuál es la marca de un solo ovario?

—Dieciséis mil doce en este Centro —contestó Mr. Foster sin vacilar. Hablaba con gran rapidez, tenía unos ojos azules muy vivos, y era evidente que le producía un intenso placer citar cifras—. Dieciséis mil doce, en ciento ochenta y nueve grupos de mellizos idénticos. Pero se ha conseguido mucho más —prosiguió atropelladamente— en algunos centros tropicales. Singapur ha producido a menudo más de dieciséis mil quinientos; y Mombasa ha

alcanzado la marca de los diecisiete mil. Claro que tienen muchas ventajas sobre nosotros. ¡Deberían ustedes ver cómo reacciona un ovario de negra a la pituitaria! Es algo asombroso, cuando uno está acostumbrado a trabajar con material europeo. Sin embargo —agregó riendo (aunque en sus ojos brillaba el fulgor del combate y de su barbilla se deducía un gesto retador)—, nos proponemos batirles, si podemos. Actualmente estoy trabajando en un maravilloso ovario Delta-Menos. Sólo cuenta dieciocho meses de antigüedad. Ya ha producido doce mil setecientos hijos, decantados o en embrión. Y sigue fuerte. Todavía les ganaremos.

—¡Éste es el espíritu que me gusta! —exclamó el director, y dio unas palmadas en el hombro de Mr. Foster—. Venga con nosotros y permítales a estos muchachos gozar de los beneficios de su experiencia y conocimiento.

Mr. Foster sonrió modestamente.

—Con mucho gusto —dijo.

Y continuaron con la visita. En la Sala de Envasado reinaba una animación armoniosa y una actividad ordenada. Trozos de peritoneo de cerda, cortados ya a la medida adecuada, subían disparados en pequeños ascensores, procedentes del Almacén de Órganos de los sótanos. Un zumbido, después un chasquido, y las puertas del ascensor se abrían de golpe; el forrador de envases sólo tenía que alargar la mano, coger el trozo, introducirlo en el frasco, alisarlo, y antes de que el envase debidamente forrado por el interior se hallara fuera de su alcance, transportado en la cinta, un zumbido, un chasquido, y otro trozo de peritoneo emergía de las profundidades, a punto de ser deslizado en el interior de otro frasco, el siguiente de aquella lenta procesión que la cinta transportaba.

Después de los forradores estaban los matriculadores. La procesión avanzaba; uno a uno, los óvulos pasaban de sus tubos de ensayo a unos recipientes más grandes, donde el forro de peritoneo era cortado diestramente, la mórula situada en su lugar, la solución salina vertida... y ya el

frasco les llegaba a los etiquetadores. Herencia, fecha de fertilización, grupo de Bokanovsky al que pertenecía, todos estos detalles pasaban del tubo de ensayo al frasco. Sin anonimato ya, con sus nombres a través de una abertura de la pared, hacia la Sala de Predestinación Social.

—Ochenta y ocho metros cúbicos de fichas —dijo Mr. Foster, satisfecho, al entrar.

—Que contienen toda la información de interés —agregó el director.

—Puestas al día todas las mañanas.

—Y coordinadas todas las tardes.

—En las cuales se basan los cálculos.

—Tantos individuos, de tal y tal calidad —dijo Mr. Foster.

—Distribuidos en tales y tales cantidades.

—El óptimo porcentaje de decantación en cualquier momento dado.

—Permitiendo compensar rápidamente las pérdidas imprevistas.

—Rápidamente —repitió Mr. Foster—. ¡Si supieran ustedes la cantidad de horas extras que tuve que emplear después del último terremoto en Japón!

Rió de buena gana y movió la cabeza.

—Los predestinadores envían sus datos a los fecundadores.

—Quienes les facilitan los embriones que solicitan.

—Y los frascos pasan aquí para ser predestinados concretamente.

—Después vuelven a ser enviados al Almacén de Embriones.

—Adonde nos disponemos a entrar ahora.

Y, abriendo una puerta, Mr. Foster inició la marcha hacia una escalera que descendía al sótano.

La temperatura seguía siendo tropical. El grupo se adentró en un ambiente iluminado por una luz crepuscular. Dos puertas y un pasadizo con un doble recodo aseguraban que en el sótano no se produjeran infiltraciones de luz.

—Los embriones son como la película fotográfica —dijo Mr. Foster, jocosamente, al tiempo que empujaba la segunda puerta—. Sólo soportan la luz roja.

Y, en efecto, la bochornosa oscuridad en medio de la cual los estudiantes le seguían ahora era visible y escarlata como la oscuridad que se divisa con los ojos cerrados en una tarde veraniega. Los voluminosos estantes laterales, con sus hileras interminables de botellas, brillaban como cuajados de rubíes, y entre los rubíes se movían los espectros rojos de mujeres y hombres con los ojos purpúreos y todos los síntomas del lupus. El zumbido de la maquinaria llenaba débilmente los aires.

—Déles unas cuantas cifras, Mr. Foster —dijo el director, que parecía cansado de hablar.

A Mr. Foster le encantó darles unas cuantas cifras.

Doscientos veinte metros de longitud, doscientos de anchura y diez de altura. Señaló hacia arriba. Como gallinitas bebiendo agua, los estudiantes levantaron los ojos hacia el elevado techo.

Tres grupos de estantes: a nivel del suelo, primera galería y segunda galería.

La telaraña metálica de las galerías se perdía a lo lejos en todas direcciones, en la oscuridad. Cerca de ellos, tres fantasmas rojos se hallaban muy atareados descargando damajuanas de una escalera móvil.

La escalera que procedía de la Sala de Predestinación Social.

Cada frasco podía ser colocado en uno de los quince estantes, cada uno de los cuales, aunque a simple vista no se notaba, era un tren que viajaba a razón de trescientos treinta y tres milímetros por hora. Doscientos sesenta y siete días, a ocho metros diarios. Dos mil ciento treinta y seis metros en total. Una vuelta al sótano a nivel del suelo, otra en la primera galería, media en la segunda y, la mañana del día doscientos sesenta y siete, luz de día en la Sala de Decantación. La llamada existencia independiente.

—Pero en el intervalo —concluyó Mr. Foster— nos

las hemos arreglado para hacer un montón de cosas con ellos. Ya lo creo, un montón de cosas.

—Éste es el espíritu que me gusta —volvió a decir el director—. Demos una vueltecita. Cuénteselo usted todo, Mr. Foster.

Y Mr. Foster se lo contó todo.

Les habló del embrión que se desarrollaba en su lecho de peritoneo. Les dio a probar el rico sucedáneo de la sangre con que se alimentaba. Les explicó por qué había de estimularlo con placentina y tiroxina. Les habló del extracto de *corpus luteum*. Les mostró las mangueras con las que dicho extracto era inyectado automáticamente cada doce metros, desde cero hasta 2.040. Habló de las dosis gradualmente crecientes de pituitaria administradas durante los noventa y seis metros últimos del recorrido. Describió la circulación materna artificial instalada en cada frasco, en el metro ciento doce, les enseñó el depósito de sucedáneo de la sangre, la bomba centrífuga que mantenía al líquido en movimiento por toda la placenta y lo hacía pasar a través del pulmón sintético y el filtro de los desperdicios. Se refirió a la molesta tendencia del embrión a la anemia, a las dosis masivas del extracto de estómago de cerdo y de hígado de potro fetal que, en consecuencia, había que administrar.

Les enseñó el sencillo mecanismo por medio del cual, durante los dos últimos metros de cada ocho, todos los embriones eran sacudidos simultáneamente para que se acostumbraran al movimiento. Aludió a la gravedad del llamado «trauma de la decantación» y enumeró las precauciones tomadas para reducir al mínimo, mediante el adecuado entrenamiento del embrión envasado, tan peligroso shock. Les habló de las pruebas de sexo llevadas a cabo en los alrededores del metro doscientos. Explicó el sistema de etiquetaje: una «T» para los varones, un círculo para las hembras, y un signo de interrogación negro sobre fondo blanco para los hermafroditas.

—Porque, desde luego —dijo Mr. Foster—, en la gran mayoría de los casos la fecundidad no es más que un es-

torbo. Un solo ovario fértil de cada mil doscientos bastaría para nuestros propósitos. Pero queremos poder elegir a placer. Conviene siempre dejar un buen margen de seguridad, por esta razón permitimos que hasta un treinta por ciento de embriones hembra se desarrollen normalmente. Al resto les administramos una dosis de hormona sexual femenina cada veinticuatro metros durante lo que les queda de trayecto. Resultado: son decantados como hermafroditas, completamente normales en su estructura, excepto —tuvo que reconocer— su ligera tendencia a tener barba, pero son estériles. Con una esterilidad garantizada. Lo cual nos permite —prosiguió Mr. Foster— dejar de imitar servilmente a la naturaleza para adentrarnos en el mundo mucho más interesante de la invención humana.

Se frotó las manos. Estaba muy claro que ellos no se limitaban a incubar embriones; cualquier vaca podría hacerlo.

—También predestinamos y condicionamos. Decantamos nuestros embriones como seres humanos socializados, como Alfas o Epsilones, como futuros poceros o futuros... —Iba a decir «futuros interventores mundiales», pero rectificando a tiempo añadió— ...futuros directores de incubadoras.

El director agradeció el cumplido con una sonrisa.

En aquel momento pasaban por el metro 320 del estante n.º 11. Un joven Beta-Menos, un mecánico, trabajaba con un destornillador y una llave inglesa en la bomba de sucedáneo de la sangre de una botella que pasaba. Al dar la vuelta a las tuercas, el zumbido del motor eléctrico se hizo un poco más grave. Bajó más aún, y un poco más... Otra vuelta a la llave inglesa, una mirada al contador de revoluciones, y terminó su tarea. El hombre retrocedió dos pasos en la hilera e inició el mismo proceso en la bomba del frasco siguiente.

—Está reduciendo el número de revoluciones por minuto —explicó Mr. Foster—. El sucedáneo circula más despacio, por consiguiente, pasa por el pulmón a interva-

los más largos y aporta menos oxígeno al embrión. No hay nada como la escasez de oxígeno para mantener a un embrión en condiciones inferiores a las normales.

Y volvió a frotarse las manos.

—¿Y con qué objeto lo mantienen en condiciones inferiores? —preguntó un estudiante ingenuo.

—¡Estúpido! —exclamó el director, rompiendo un largo silencio—. ¿No se le ha ocurrido pensar que un embrión de Epsilon debe tener un ambiente y una herencia Epsilon?

Evidentemente, no se le había ocurrido y se sintió avergonzado.

—Cuanto más baja es la casta —dijo Mr. Foster— menos debe escasear el oxígeno. El primer órgano afectado es el cerebro, después el esqueleto. Al setenta por ciento del oxígeno normal se consiguen enanos. A menos del setenta, monstruos sin ojos. Que no sirven para nada —concluyó Mr. Foster—. En cambio —y su voz adquirió un tono confidencial y excitado—, si lográramos descubrir una técnica para abreviar el período de maduración, ¡qué gran triunfo, qué gran beneficio para la sociedad! Consideren si no al caballo.

Todos lo consideraron.

—El caballo alcanza la madurez a los siete años; el elefante a los diez. En tanto que el hombre a los trece años aún no está sexualmente maduro, y sólo a los veinte alcanza el pleno conocimiento. De ahí la inteligencia humana, fruto de este desarrollo retardado. Pero en los Epsilones —dijo Mr. Foster, muy acertadamente— no necesitamos inteligencia humana.

No la necesitaban y no la «fabricaban». Pero, aunque la mente de un Epsilon alcanzaba la madurez a los diez años, el cuerpo no era apto para el trabajo hasta los dieciocho. Largos años de madurez superflua y perdida. Si el desarrollo físico pudiera acelerarse hasta que fuera tan rápido, digamos, como el de una vaca, ¡qué enorme ahorro para la comunidad!

—¡Enorme! —murmuraron los estudiantes.

El entusiasmo de Mr. Foster era contagioso.

Después se puso más técnico; habló de una coordinación endocrina anormal que era la causa de que los hombres crecieran tan lentamente, y sostuvo que esta anormalidad se debía a una mutación germinal. ¿Cabía destruir los efectos de esta mutación germinal? ¿Cabía devolver al individuo Epsilon, mediante una técnica adecuada, a la normalidad de los perros y de las vacas? Éste era el problema.

Pilkinton, en Mombasa, había producido individuos sexualmente maduros a los cuatro años y completamente crecidos a los seis y medio: todo un triunfo científico pero socialmente inútil. Los hombres y las mujeres de seis años eran demasiado estúpidos, incluso para realizar el trabajo de un Epsilon. Y el método era de los del tipo «todo o nada»; o no se lograba modificación alguna o tal modificación era en todos los sentidos. Todavía estaban luchando por encontrar el compromiso ideal entre adultos de veinte años y de seis. Hasta entonces no habían tenido ningún éxito.

Su visita a través de la luz crepuscular escarlata les había llevado a la proximidad del metro 170 del estante 9. A partir de aquel punto, dicho estante estaba cerrado, y los frascos eran trasladados en el interior de una especie de túnel, interrumpido de vez en cuando por unas aberturas de dos o tres metros de anchura.

—Condicionamiento al calor —explicó Mr. Foster.

Túneles calientes alternaban con túneles fríos. El frío se aliaba a la incomodidad en la forma de intensos rayos X. En el momento de su decantación, los embriones sentían horror por el frío. Estaban predestinados a emigrar a los trópicos, a ser mineros, tejedores de seda o metalúrgicos. Más adelante, enseñarían a sus mentes a apoyar el criterio de su cuerpo.

—Nosotros los condicionamos para que se acostumbren al calor —concluyó Mr. Foster—. Y nuestros colegas de arriba les enseñarán a amarlo.

—Y éste —intervino el director sentenciosamente—,

éste es el secreto de la felicidad y la virtud: amar lo que uno tiene que hacer. Todo condicionamiento se dirige a lograr que la gente ame su inevitable destino social.

En un boquete entre dos túneles, una enfermera introducía una jeringa larga y fina en el contenido gelatinoso de un frasco que pasaba. Los estudiantes y sus guías permanecieron observándola unos momentos.

—Muy bien, Lenina —dijo Mr. Foster cuando, al fin, la joven retiró la jeringa y se incorporó.

La muchacha se volvió sobresaltada. A pesar del lupus y de los ojos de púrpura, se advertía que era excepcionalmente hermosa.

Su sonrisa, roja también, voló hacia él, en una hilera de coralinos dientes.

—Encantadora, encantadora —murmuró el director.

Y dándole una o dos palmaditas, recibió en correspondencia una sonrisa deferente.

—¿Qué les da? —preguntó Mr. Foster, procurando adoptar un tono estrictamente profesional.

—Lo de siempre: el tifus y la enfermedad del sueño.

—Los trabajadores del trópico empiezan a ser inculcados en el metro 150 —explicó Mr. Foster a los estudiantes—. Los embriones todavía tienen agallas. Inmunizamos al pez contra las enfermedades del hombre futuro. —Luego, volviéndose a Lenina, añadió—: A las cinco menos diez, en el tejado, esta tarde, como de costumbre.

—Encantadora —dijo el director una vez más.

Y con otra palmadita se alejó en pos de los otros.

En el estante número 10, hileras de la próxima generación de obreros químicos eran sometidos a un tratamiento para acostumbrarlos a tolerar el plomo, la sosa cáustica, el asfalto, la clorina... El primero de una hornada de doscientos cincuenta mecánicos de cohetes aéreos en embrión pasaba en aquel momento por el metro mil cien del estante 3. Un mecanismo especial mantenía sus envases en constante rotación.

—Para mejorar su sentido del equilibrio —explicó Mr. Foster—. Efectuar reparaciones en el exterior de un cohete en el aire es una tarea complicada. Cuando están de pie, reducimos la circulación hasta casi matarlos, y doblamos el flujo del sucedáneo de la sangre cuando están cabeza abajo. Así aprenden a asociar esta posición con el bienestar; de hecho, sólo son felices de verdad cuando están así. Y ahora —prosiguió Mr. Foster— me gustaría enseñarles algún condicionamiento interesante para intelectuales Alfa-Más. Tenemos un nutrido grupo de ellos en el estante número 5. Es el nivel de la primera galería —gritó a dos muchachos que habían empezado a bajar a la planta—. Están por los alrededores del metro 900 —añadió—. No se puede efectuar ningún condicionamiento intelectual eficaz hasta que el feto ha perdido la cola.

El director consultó su reloj.

—Las tres menos diez —dijo—. Me temo que no habrá tiempo para los embriones intelectuales. Debemos subir a las guarderías antes de que los niños despierten de su siesta.

Mr. Foster pareció decepcionado.

—Al menos, una mirada a la Sala de Decantación —imploró.

—Bueno, está bien. —El director sonrió con indulgencia—. Pero sólo una ojeada.

